

<http://doi.org/10.15446/lthc.v27n1.116733>

La condición de las mujeres en “La miseria humana” de José Antonio Osorio Lizarazo

Sebastián Camilo Moreno Gómez

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

secmorenogo@unal.edu.co

En este artículo se analiza la evaluación estética de José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964) sobre la condición de las mujeres en su proyecto novelesco “La miseria humana”, centrándose en cómo aborda la violencia contra las mujeres, qué decisiones compositivas emplea para representarlas y cuál es su toma de posición al respecto. A través del estudio de sus novelas y a partir de una contextualización de estas dentro de los planteamientos de la época, se explica la relación entre la novelística de Osorio Lizarazo y la búsqueda de la justicia social, seguido de un análisis textual específico sobre cómo el autor denuncia la violencia en el hogar y la violencia sexual contra las mujeres pobres en sus obras. Este artículo revela la importancia de la novelística de Osorio Lizarazo en la denuncia de las violencias contra las mujeres y su contribución a la reflexión sobre la justicia social y la igualdad de género en la literatura colombiana.

Palabras clave: literatura colombiana; mujeres; novela colombiana; Osorio Lizarazo, violencia de género.

Cómo citar este artículo (MLA): Moreno, Sebastián Camilo. “La condición de las mujeres en ‘La miseria humana’ de José Antonio Osorio Lizarazo”. *Literatura: teoría, historia, crítica*, vol. 27, núm. 1, 2025, págs. 11-43

Artículo original. Recibido: 28/05/2024; aceptado: 10/09/2024. Publicado en línea: 01/01/2025.



The condition of women in “La miseria humana” by José Antonio Osorio Lizarazo

This article analyzes José Antonio Osorio Lizarazo's (1900-1964) aesthetic evaluation of the condition of women in his novelistic project, “La miseria humana”, focusing on how he addresses violence against women, the compositional decisions he employs to represent them, and his position-taking on the matter. Through the study of his novels and their contextualization within the frameworks of the era, the relationship between his novelistic work and the pursuit of social justice is explained, followed by a specific textual analysis of how the author denounces domestic violence and sexual violence against poor women in his works. This article reveals the importance of Osorio Lizarazo's novels in denouncing violence against women and his contribution to the reflection on social justice and gender equality in Colombian literature.

Keywords: Colombian literature; women; colombian novel; Osorio Lizarazo; gender violence.

A condição das mulheres em “La miseria humana” de José Antonio Osorio Lizarazo

O artigo analisa a avaliação estética de José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964) sobre a condição da mulher em seu projeto de romance, “La miseria humana”, focando em como ele aborda a violência contra as mulheres, quais decisões composicionais ele emprega para representá-la e qual é sua tomada de posição ao respeito. Através do estudo de seus romances e sua contextualização dentro dos conceitos da época, é explicada a relação entre sua obra e a busca por justiça social, seguida de uma análise textual específica sobre como o autor denuncia a violência doméstica e a violência sexual contra as mulheres pobres em suas obras. Este artigo revela a importância da novelística de Osorio Lizarazo na denúncia da violência contra a mulher e sua contribuição para a reflexão sobre justiça social e igualdade de gênero na literatura colombiana.

Palavras-chave: literatura colombiana; mulheres; romance colombiano; Osorio Lizarazo; violência de gênero.

—Pues no ves que porque nos ven débiles y vergonzosas,
y colocadas en posiciones difíciles nos tratan poco más o menos;
y ahora ¡a las pobres!... eso da lástima. ¿Hay infamias por las que no
hagan pasar a estas desdichadas arrendatarias, nada más
que por ser mujeres y mujeres pobres?

Eugenio Díaz, *Manuela*

Introducción

DESDE EL SIGLO XIX, LA novela ha desempeñado un papel fundamental en la evaluación y denuncia de las problemáticas socioculturales en Colombia, incluyendo la condición de las mujeres y los abusos de los que han sido víctimas. El proyecto novelesco de José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964),¹ que él mismo sugirió que podría ser concebido como una totalidad bajo el título de “La miseria humana”, es un claro ejemplo de esto. Para él, cada una de sus novelas constituye un episodio de un gran conjunto que aborda, entre otros aspectos, la violencia contra las mujeres y la entrelaza con otros problemas socioculturales:

En realidad, si en nuestro país, más aún, si en nuestra América se leyera con una dedicación y un espíritu crítico similares a los de algunas naciones europeas y de los Estados Unidos, alguien hubiera comprendido que toda mi obra novelística al través de 35 años no es en realidad sino una sola novela y que cada uno de mis libros constituye un episodio de un gran conjunto, a la manera (guardando las distancias y sin pretender remotamente el parangón) de *La comedia humana*. Mi obra total podría llamarse “La miseria humana”. Por mi sensibilidad, mi temperamento, mis propios sufrimientos he elegido la posición de denunciante, de voz erguida para enrostrarle a la sociedad su indiferencia y su crimen y el origen exacto de las causas por las cuales va a perecer... (Osorio en Calvo 42-43)

1 Compuesto por *La casa de vecindad* (1930), *Barranquilla 2132* (1932), *El criminal* (1935), *La cosecha* (1935), *Hombres sin presente (Novela de empleados públicos)* (1938), *Garabato* (1939), *El hombre bajo la tierra* (1944), *Fuera de la ley (Historias de bandidos)* (1945), *El día del odio* (1952), *El pantano* (1952) y *El camino en la sombra* (1965).

La influencia de Balzac en la obra de Osorio Lizarazo es innegable, especialmente en su adhesión al realismo-naturalismo y en su concepción de una novela compuesta por múltiples episodios. Sin embargo, el escritor bogotano se aparta del enfoque del autor francés. Mientras que Balzac titula su obra *La comedia humana* porque busca escribir la historia de las costumbres y por “la inmensidad de un plan que abarca, a la vez, la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios” (57),² el escritor bogotano se enfoca en denunciar la miseria sufrida por los pobres en Colombia y en abogar por una sociedad más justa. Esta preocupación lo lleva a examinar detenidamente la situación de las mujeres pobres, víctimas de violencia por su género y por su clase social. En sus novelas, los personajes mujeres se dividen en dos grupos:

[D]e un lado está la *mujer pobre*, quien es objeto de abuso tanto en los sectores populares como en los de clase “alta” y media; del otro la mujer de “élite”, quien se encuentra bajo el “control” (y maltrato) de los hombres de su clase social pero recibe de esta misma clase la autoridad sobre su sirvienta. (Neira 200)

A pesar de la importancia que tienen estos personajes en las novelas de Osorio Lizarazo, solo se ha elaborado un ejercicio de análisis desde los estudios literarios sobre cómo abordó la violencia contra las mujeres en sus obras: “La imagen de la mujer” en *La gran ciudad latinoamericana. Bogotá en la obra de José Antonio Osorio Lizarazo* (2004) de Edison Neira. Aunque disciplinas como la sociología y los estudios culturales sí han explorado este tema, sus enfoques suelen pasar por alto la naturaleza literaria, es decir, artística y estética, con la que fueron concebidas las novelas. Por ejemplo, en su tesis, Camila Rincón analiza *La casa de vecindad y Hombres sin presente* desde una perspectiva exclusivamente sociológica, pues considera que estas novelas “se pueden interpretar como diarios de campo, incluso como historias de vida” (20).

A pesar de que muchas de las obras de Osorio Lizarazo siguen la tradición realista-naturalista, donde se busca representar la realidad de manera fiel, en ellas aparece su interpretación de la realidad, no un reflejo exacto de esta. Las situaciones y personajes que presenta son ficcionales, es decir, “creaciones

2 Traducción propia.

literarias que ignoran la pretensión de verdad inherente al relato histórico” (Ricoeur 377) que le sirven para evaluar algunos aspectos de la época. Leer las novelas de Osorio Lizarazo como si se tratara de documentos que se pueden estudiar desde la óptica de perspectivas de investigación cualitativas conlleva pasar por alto que, en este género literario, las circunstancias históricas son comprendidas y analizadas como situaciones existenciales (Kundera 49).

En este artículo propongo un estudio de “La miseria humana”, explorando cómo Osorio Lizarazo aborda la problemática de la violencia contra las mujeres y qué decisiones compositivas emplea para representarla. Con el objetivo de aportar al conocimiento de su obra, mediante el uso del análisis textual, también busco explicar cómo su “visión de mundo” (Goldmann 29) aparece en sus obras, es decir, la manera en que “la forma arquitectónica determina la elección de la forma compositiva” (Bajtín, *Teoría y estética de la novela* 26).³ Con esto, será posible plantear nuevas perspectivas y lecturas que contribuyan al conocimiento de su novelística y al debate sobre la evaluación de la violencia contra las mujeres en la literatura colombiana.

En la primera parte del artículo, analizo la relación entre el género de la novela y la búsqueda de justicia social en el pensamiento de Osorio Lizarazo, estableciendo conexiones con la tradición literaria representada por escritores como Eugenio Díaz y con los planteamientos de destacados pensadores liberales y socialistas del siglo XIX europeo, como John Stuart Mill, Clara Zetkien y Charles Fourier. Además, examino la visión del novelista sobre la condición de las mujeres pobres en la sociedad colombiana, contextualizando sus novelas en relación con los avances y planteamientos feministas en Colombia durante la primera mitad del siglo XX. En las partes dos y tres del artículo, realizo un análisis textual enfocado en comprender la manera como Osorio Lizarazo denuncia la violencia contra las mujeres pobres en sus novelas. En la segunda parte me enfoco en la violencia en el hogar y la violencia doméstica, mientras que en la tercera parte abordo la prostitución y la violencia sexual.

3 En este artículo, no consideraré las ideas expresadas por Osorio Lizarazo en su “Ciclo Trujillo”, ya que en ese contexto sus argumentos se limitaban a un acuerdo económico con el dictador dominicano. Ver Moreno Gómez (34-46).

Novela y justicia social en Colombia

La evaluación estética de la sociedad colombiana presentada por Osorio Lizarazo en “La miseria humana” lo conecta con una tradición que se remonta hasta novelistas como Eugenio Díaz,⁴ quienes sienten una inclinación social que los lleva a dirigir sus simpatías hacia el pueblo y a considerar al ser humano como “el resultado de sus condiciones familiares y sociales, así como de las ambientales, geográficas y culturales” (Padilla 127). En *Manuela* (1858), Díaz observa cómo determinados sectores de la sociedad colombiana no tenían garantizados los derechos fundamentales debido a su condición de pobreza, origen étnico o género. Dentro de esta población vulnerable, las mujeres sufrían especialmente, enfrentándose a una situación de desamparo que les impedía cubrir sus necesidades más básicas (Padilla 182).

Osorio Lizarazo valoró positivamente la obra de Díaz porque consideraba que sus libros “estaban impregnados de un socialismo cristiano, en donde fulgían simultáneamente la piedad evangélica para los desheredados y la urgencia de establecer una equidad social nivelando las oportunidades para todos los hombres y elevando las clases desvalidas hasta pedir para ellas los dos tesoros más grandes de la civilización: libertad y justicia” (“Del nacionalismo en la literatura” 500). Sin duda, esto permite establecer una conexión entre los dos novelistas, ya que Osorio Lizarazo considera que la novela es una herramienta crucial en la lucha por la justicia social:

[N]o puede existir un legítimo concepto contemporáneo de la novela sino desde su punto de vista social, esto es, como instrumento adecuado para despertar una sensibilidad y para formar un ambiente propicio a obtener la afirmación de un equilibrio y de una justicia sociales. El novelista tiene que ser fiel a esta finalidad. Sus capacidades son estériles si no están al servicio de los grandes ideales en que se encierra una sociedad equilibrada y justa. (“La esencia social de la novela” 422)

4 Tomo a Eugenio Díaz como punto de referencia y no a la novelista colombiana más destacada del siglo XIX, Soledad Acosta de Samper, porque considero que existen mayores similitudes estéticas y de visión de mundo entre Díaz y Osorio Lizarazo.

Esta determinación de influir en la realidad nacional a través de sus novelas y su profunda preocupación por las condiciones existenciales de los pobres se evidencian claramente en la nota previa de su obra más destacada, *El día del odio*. En esa nota, que da cuenta de un interés por apelar a las emociones del lector, proclama: “El más hermoso y perfecto de los mandamientos, al cual he procurado señor los actos de mi vida, es este: amar al pueblo sobre todas las cosas” (15). Dicha declaración también está impregnada de un sentido de compromiso y responsabilidad social que se enmarca en una trayectoria marcada por una “toma de posición” (Bourdieu, *Las reglas del arte* 342-355) que lo había llevado a autodenominarse como un liberal de izquierda desde la década de 1930. Motivado por esta convicción, perseguía “sin fatigas una nivelación equitativa de los diversos factores sociales, venciendo las resistencias de quienes han venido disfrutando de las irregularidades en vigencia —a las que llaman enfática y acomodaticamente ‘orden’—” (“Liberalismo y tradición” 8).

Estos planteamientos ideológicos configuran el sentido de las novelas de Osorio Lizarazo, en las que también aparecen las ideas de los liberales y socialistas del siglo XIX y la primera mitad del XX, aunque no se mencionen directamente sus autores. Por ejemplo, en el mundo futurista de su única incursión en la ciencia ficción, *Barranquilla 2132*, el progreso ha modificado radicalmente la condición de la mujer, y esta “se ha dignificado, sustrayéndose a las groseras codicias de los hombres. Dejando de ser el amor el sentimiento esencial, descendiendo a su justo lugar rudimentario, ahora la mujer comparte las inquietudes, las aspiraciones, los trabajos mismos del hombre” (37). Este escenario evoca las ideas de Mill, quien afirmaba que “cada paso en el camino del progreso va infaliblemente acompañado de un ascenso en la posición social de la mujer” (43).

De igual manera, en *Barranquilla 2132*, se cuestiona el hogar tradicional como un espacio marcado por la brutal imposición de los hombres sobre las mujeres. En voz del protagonista, se expresa que el hogar en el siglo XX colombiano

[...] estaba constituido a base de una desigualdad bárbara entre el hombre y la mujer. En el hogar el hombre predominaba con la fiereza salvaje del macho, de su fuerza, de su superioridad. La mujer aceptaba dócil y silenciosamente aquella brutal imposición, violatoria de la definición misma de ser humano. (71)

Esa situación se contrapone con la del futuro imaginado, donde “los sexos son idénticos ante la ley y ante la sociedad. Las uniones matrimoniales tienen el simple carácter de amistad íntima [...]. Pero cada uno vive su vida, cada uno está independiente y libre” (71). Estas reflexiones también hacen eco de los planteamientos de Fourier, quien afirmaba que “los progresos sociales y cambios de periodo se realizan en función del progreso de las mujeres hacia la libertad, y las decadencias de orden social se realizan en función de la disminución de la libertad de las mujeres” (167).

En “La miseria humana” se evidencia una marcada denuncia de la sociedad colombiana del siglo xx que somete a las mujeres, las relega a condiciones inferiores a las de los hombres e, incluso, las trata como a objetos. Por ejemplo, el punto de partida de *El día del odio* y del trágico devenir de Tránsito, la protagonista, es la decisión de su madre por alquilarla para que trabaje en una casa de familia, de “colocarla en alguna casa” (17). Con este fin, “la madre [...] había colocado a la muchacha entre sus hortalizas, como si fuera simplemente un objeto más que le brindaba a la clientela indiferente” (18), estableciendo una comparación entre la joven mujer y cualquier mercancía. Por su parte, el narrador de *Hombres sin presente* indica que una campesina llamada Andrea:

[...] concibió la idea de que Jenara [su hija] se viniera a trabajar a la ciudad, mientras crecían otros muchachos que traería también para el servicio de unas gentes desventuradas, las cuales pagarían con sacrificios el placer ancestral de mandar sobre alguien. (172)

El caso de Matilde, protagonista de *El camino en la sombra*, es aún más impactante. El hallazgo de una bebé abandonada en el pórtico de la casa de los García, quienes deciden aprovecharse de ella en el desarrollo de las labores económicas y domésticas en el futuro, marca el inicio de la fábula novelesca: “una china de estas es siempre muy útil. No es sino que crezca un poco” (23). Tanto como niña como mujer, Matilde es víctima de violencia física, emocional y psicológica por parte de los integrantes de esta familia. Constantemente le recuerdan que, al haberla *recogido*, no tiene ningún derecho y que debería estar agradecida por haber sido *salvada*. Hacia el final de la trama, un día en que Matilde se enferma y no puede cumplir con su extensa jornada de trabajo no remunerado, la reprenden diciéndole: “La recogimos en la calle,

nos consagramos a ella, la salvamos de la muerte ¿y ahora viene a rebelarse? Pero di: ¿qué es lo que te imaginas, monstruo de ingratitud? ¿Cómo pagas lo que hemos hecho por ti?” (326).

En estas novelas, el modelo de restricción de las libertades individuales de las mujeres se perpetúa a través de figuras femeninas, a veces madres, cuya situación socioeconómica influye en que limiten el pleno disfrute de los derechos fundamentales de Tránsito, Matilde y Jenara. Osorio Lizarazo considera que la violencia contra las mujeres pobres, arraigada en las estructuras socioculturales, es una de las manifestaciones de la desigualdad social en Colombia. Aunque reconoce el papel de los hombres en este problema, lo interpreta principalmente como una cuestión de clase social, antes que de género. En sus novelas, “la condición social está por encima de esta clasificación [la de género]” (Neira 191).

Durante la primera mitad del siglo xx colombiano, como explican Luna y Villarreal, los movimientos feministas estaban conformados por “mujeres de sectores medios y altos que ejercían la docencia, el periodismo y algunas simultáneamente ejercían un cierto nivel de militancia política”, mientras que “en los sectores de mujeres populares encontramos como grupo de expresión y demandas, a las obreras, cuyas movilizaciones presionaron por la adopción o el cumplimiento de medidas de protección para la mujer trabajadora” (94). Entonces, se puede afirmar que este contexto socioeconómico determina en gran medida las preocupaciones y condiciones existenciales, configurando el “contexto discursivo” (Zima 228) de la época representado por Osorio Lizarazo en sus novelas. Así, en *El día del odio* y *El camino en la sombra*, por ejemplo, el novelista denuncia las dificultades enfrentadas por los pobres en Colombia, resaltando la doble condición de víctima de las mujeres pobres. A través del devenir de sus protagonistas, explora las realidades de las mujeres en condiciones desfavorecidas, aquellas sin recursos, educación, seguridad ni oportunidades laborales, y que no se veían beneficiadas por los progresos legales en la igualdad de género.⁵

Por lo anterior, la novela de tipo social era fundamental para Osorio Lizarazo, ya que le permitía desafiar a sus lectores a reflexionar sobre las injusticias arraigadas en la sociedad y el papel que cada individuo desempeña

5 Especialmente, la Ley 28 de 1932, que otorgó a las mujeres plena capacidad civil, judicial y extrajudicial; el Decreto 1972 de 1933, que les permitió acceder a la educación universitaria, y el Acto Legislativo N° 3 de 1954, que les dio derecho a elegir y a ser elegidas.

en su perpetuación o cambio. La elección de formas composicionales muy tradicionales y lineales fue estratégica para garantizar que su denuncia se comprendiera fácilmente. En las coordenadas de su visión de mundo y los paradigmas explicativos de la época, la desigualdad de género se entrelaza estrechamente con la desigualdad social en general. Así, usualmente, Osorio Lizarazo centra su enfoque en las mujeres que apenas lograban subsistir con lo mínimo, aquellas que “no pudieron construir espacios distintos al familiar, porque continuaron cautivas del patriarcalismo reinante en los espacios cotidianos” (Luna y Villarreal 75).

Ahora bien, el caso de Raquel en *El camino en la sombra* es totalmente diferente, hecho que la hace ser el personaje más complejo de “La miseria humana”. A diferencia de muchos otros personajes de Osorio Lizarazo, ella no se convierte en una mártir, sino que representa la lucha por la autodeterminación y el desarrollo personal de las mujeres en una sociedad que no les ofrece las condiciones adecuadas para ello. Aunque hacia el final de la trama novelesca, tras haber participado activamente en la guerra de los Mil Días, se transforma en una usurera sin vitalidad, durante la primera parte de la novela Raquel da cuenta de una actitud que va más allá de la mera supervivencia material y responde a lo que planteaba Zetkin: la mujer “no solo pide ganarse su propia existencia, sino también una vida espiritual, el desarrollo de su propia personalidad” (107). Raquel encarna este deseo de autonomía y acción en un contexto marcado por la falta de oportunidades para que las mujeres se realizasen como sujetos políticos y de derechos. Esta faceta la distingue de la gran mayoría de los personajes de las novelas de Osorio Lizarazo, configurados con “cierto maniqueísmo resentido, fruto de su deliberada voluntad de lucha” (Cobo 7). En contraste, Raquel representa una búsqueda más profunda de autodeterminación y desarrollo personal, que trasciende la oposición de clase entre opresores y oprimidos.

Durante su juventud, Raquel busca un camino que no la lleve a “vivir pegada del fogón, en una miserable existencia de guisandera” (Osorio, *El camino en la sombra* 90), por lo que estudia y se vuelve telegrafista. Trabajar en esta ocupación no solo le brinda independencia económica, sino que también le permite escapar de la monotonía de la vida doméstica: “ahora ganaría su propio dinero y amplificaría la independencia que le imponía su temperamento” (65). Gracias a su empleo, Raquel logra establecer vínculos sociales fuera de su entorno familiar y explorar nuevos lugares y experiencias

vitales, aspecto que contrasta significativamente con la sumisión de Lucía y Betulia, sus hermanas, cuyas vidas están mayormente centradas en las dinámicas del hogar. No obstante, el campo de acción de Raquel sigue siendo limitado. A pesar de la apertura al campo laboral, así fuera en una ocupación “que no había sido identificada como empleo masculino” (Davies 229), sigue limitada en cuanto a su desarrollo como individuo. Durante su juventud, Raquel aparece como representante de las mujeres a las que se les niega la posibilidad de desarrollarse plenamente según sus propios intereses y aspiraciones. Esta frustración y deseo de plena libertad queda patente en sus propias palabras al cuestionar el papel asignado a las mujeres en la sociedad y anhelar una vida más allá de las restricciones impuestas por el género:

—¿Tenemos que esclavizarnos a la casa, mamá? Ya sé: su merced no lo entiende de otro modo. Pero hay muchas otras cosas en la vida. Esta pobre Lucía ¿nació para esclavizarse por nada haciendo bocadillos y bocadillos y bocadillos hasta su muerte? ¿Llorando por el humazo de la leña verde, rompiéndose las uñas para raspar las pailas, rajando la leña, metida aquí hasta volverse loca? Yo sí alabo a Feliciano. Por allá estará feliz, viajando, conociendo tierras, tratando con gente nueva, haciendo algo. (94)

Ahora bien, es importante resaltar que, durante el “tiempo de narración” (Ricoeur 493-509), Raquel experimenta un cambio que solo se descubre cuando regresa de vacaciones a la casa familiar, ya que el narrador no la sigue durante los periodos en los que se ausenta de la casa para trabajar. Esto lleva a que su transformación sea más impactante, debido a que pasamos de conocer a una Raquel que promete a su madre “todo cuanto ganara para contribuir al cumplimiento de sus legítimas ambiciones de comprar el terreno colindante con la casa” (66) a otra que marca su independencia y expresa lo siguiente: “lo que gano apenas me alcanza para vestirme. No puedo andar como una sirvienta. La gente me considera muy importante en La Mesa y las amistades cuestan, pero sirven” (93).

Aun con esto, Raquel sigue viéndose limitada por las estructuras de poder machistas de la sociedad colombiana de la época. En dos ocasiones pierde su trabajo debido al estallido de revoluciones liberales en el país (la de 1895 y la guerra de los Mil Días). El pasado revolucionario de su padre y la participación de su hermano en los nuevos conflictos la afectan directamente:

“A causa de la misma revolución, Raquel fue destituida intempestivamente de su empleo. El Gobierno no podía confiar en días de tanta turbulencia en la lealtad y cumplimiento de su deber por parte de una hija y hermana de revolucionarios” (111). Estos eventos ilustran cómo las circunstancias externas impactan la vida y las opciones de Raquel, incluso cuando busca trabajar para liberarse de las restricciones impuestas por la sociedad.

¿Por qué afirmo que el caso de Raquel difiere radicalmente del resto de personajes mujeres de “La miseria humana”? Porque la mayoría de sus personajes son retratados como víctimas eternas. El novelista bogotano, consciente de que en la novela “el problema estético se reduce, no obstante, en última instancia, a un problema ético” (Lukács 106), utiliza este género ficcional para destacar y denunciar las injusticias y desigualdades sociales de su tiempo. En su proyecto estético, la búsqueda de una justicia social lo lleva a configurar personajes tipo que

[...] están llamados a representar inquietudes y angustias colectivas. Así se revela en todas las víctimas de una inadecuada organización social el doble sentimiento de su propia inferioridad y de su fuerza latente y adormecida. El personaje danza en la imaginación, con vivos contornos, con un nombre propio que persiste en la memoria, que socava los sentimientos y que va formando agitaciones de rebeldía y anhelos de mejoramiento. De ello emana un ambiente propicio a la justicia. (Osorio, “La esencia social de la novela” 424)

Osorio Lizarazo no veía en su presente histórico una época de progreso, sino un momento en el cual el *statu quo* se consolidaba cada vez más. Hacia el final de su trayectoria intelectual, se sumerge en un estado de desesperanza palpable en sus novelas (Moreno 40-46) que lo lleva a configurar a Tránsito y Matilde como protagonistas planas, sin capacidad de reacción frente a las circunstancias y desprovistas de los medios para defender sus derechos: mujeres que mueren en medio de la miseria. Salvo en el caso de Raquel, Osorio Lizarazo se distancia de Eugenio Díaz, quien en *Manuela* dota a sus personajes mujeres con un “discurso que les permita reclamar sus derechos” (Padilla 182), uno de los tantos aspectos que hacen de *Manuela* una de las novelas más importantes y mejor logradas de la literatura colombiana.

Ahora bien, es importante destacar que la miseria y el destino trágico de Tránsito y Matilde no son consecuencia de su propia debilidad, sino

resultado de un contexto que limita sus posibilidades de acción y desarrollo. Por ejemplo, producto del desespero y del rencor —no de una conciencia sobre los derechos que le habían sido negados—, Tránsito reacciona violentamente durante el Bogotazo representado en la novela y es asesinada en medio de la revuelta. Esto permite entender que ella y Bogotá, espacio en el cual se desarrolla la trama novelesca, han sido atravesados por el “tiempo histórico” (Bajtín, “La novela de educación y su importancia en la historia del realismo” 242) y que en “La miseria humana” las condiciones existenciales de los personajes no están determinadas por su falta de personalidad o su incapacidad para defender sus derechos, sino más bien por las circunstancias sociohistóricas que los rodean.

El hogar y la violencia doméstica

La violencia doméstica es uno de los problemas en los que más se detiene Osorio Lizarazo en “La miseria humana”. En *La casa de vecindad*, *El criminal*, *La cosecha*, *Fuera de la ley*, *El pantano* y *El día del odio*, crea escenarios en los que las mujeres enfrentan condicionamientos derivados del sistema cultural en el que están inmersas y son víctimas de violencia física por parte de sus parejas y familiares. El hecho de que este problema aparezca en la mayoría de sus novelas demuestra su constante preocupación por la condición de las mujeres en el hogar y su toma de posición ante las estructuras de poder que oprimían a las mujeres en su época. A través de la lectura de “La miseria humana” se descubre el rechazo de Osorio Lizarazo al ideal de vida que limita a las mujeres únicamente al rol de hija, esposa o madre, siempre sumisas, situación que ya en el siglo XIX había sido fuertemente criticada por los liberales colombianos:

La mujer no tiene casi voluntad propia por la educación que se le da entre nosotros: niña piensa como sus padres, joven piensa como su amante i vieja piensa como sus hijos. En sus tres carreras de soltera, casada i monja, piensa con el pensamiento de otro, pero no con el suyo. (Pereira Gamba 47)

Osorio Lizarazo entiende que la manera como eran educadas las mujeres en su época incidía en que fueran tratadas como ciudadanas de segundo orden. Dado su carácter moderno, propio de un liberal de izquierda, el

novelista rechaza y critica el tipo de educación que impartió la Iglesia católica durante las primeras décadas del siglo xx. Vale la pena recordar que, con el Concordato de 1887, el Gobierno colombiano se había comprometido a proporcionar una educación “en conformidad con los dogmas y la moral de la Religión católica” (art. 12) y a evitar que “en el desempeño de asignaturas literarias, científicas y, en general, en todos los ramos de instrucción, se propaguen ideas contrarias al dogma católico y al respeto y veneración debidos a la Iglesia” (art. 13). Entonces, aunque la reforma constitucional de 1936 le hubiera devuelto “al Estado colombiano su poder fiscalizador sobre la educación” (Reyes y Velásquez 237), el dominio católico en la educación durante casi medio siglo había influido de manera determinante en el pensamiento de los colombianos y en la manera como entendían la realidad.

Durante décadas, la educación católica contribuyó a perpetuar las visiones patriarcales sobre la condición de las mujeres en la sociedad colombiana. En respuesta a esta situación, Osorio Lizarazo expresó su toma de posición en sus textos políticos y literarios, enfatizando en los propósitos que buscaban los liberales de izquierda de su época. Para él, era fundamental promover cambios como la legalización del divorcio, la implementación de una educación laica y obligatoria, la preeminencia del poder civil, la justicia social y la defensa de las libertades públicas (“Una clasificación arbitraria” 37). Esto recuerda lo planteado por los liberales radicales del siglo xix colombiano, quienes manifestaban la necesidad de educar a la mujer

[...] para la sociedad [...]. De esta manera conseguiremos que deje de ser esclava i no pase su vida triste i solitaria entregada a las faenas domésticas o a la austeridad de las devociones. Entónces ella hará libremente lo que el hombre hace: ejercerá su soberanía, i cumplirá a su vez las comisiones del pueblo: tomará una parte activa en los negocios políticos, morales i civiles de la sociedad; porque no hai justicia en que la mujer lleve solo las cargas i no disfrute de los derechos; que pase desapercibida de los negocios de su patria i vea con indiferencia el Gobierno, la Constitucion i las Leyes. (Pereira Gamba 50)⁶

6 El tono que utiliza Pereira Gamba en su texto, publicado un año antes de la abolición definitiva de la esclavitud en Colombia en 1851, resulta especialmente llamativo. La mención a la mujer como “esclava” adquiere una importante dimensión simbólica en el contexto del liberalismo decimonónico y revela las profundas desigualdades sufridas por las mujeres en la sociedad de la época.

Sin duda, Colombia cayó en un letargo en su proceso de modernización durante la Hegemonía Conservadora (1886-1930). Esto hacía necesario que en pleno siglo xx se volvieran a poner en el debate público cuestiones que se habían discutido en el siglo xix y que habían repercutido en mayores libertades y mejores condiciones para las mujeres.⁷ Osorio Lizarazo encontró en el género novela el medio para señalar que las condiciones existenciales y las limitadas perspectivas de futuro de las mujeres de las clases baja y media de la época estaban intrínsecamente vinculadas a la educación impartida en el país. Como señala Maria Rosaria Manieri, en las sociedades machistas, “la educación construye a la mujer tal como el hombre quiere, determina su naturaleza y su función según proyectos e intereses masculinos” (84). En este sentido, Osorio Lizarazo identificó que la educación de las mujeres en la época se daba con miras al matrimonio, el cual era “considerado como la mejor realización y la mejor carrera para una mujer” (Manieri 84) porque podía garantizarle cierta seguridad económica. Por ejemplo, en *Hombres sin presente*, el narrador explica la ilusión con la que la familia de Betty se esfuerza por educarla para que pueda casarse:

¡Cuán lejanos los días de la ilusión, en que sus parientes confiaban en el novio que había de venir para arreglarles todos los problemas domésticos! Para ese fin la educaron a costa de sacrificios que no pudo valorizar entonces, pero que representaban incontables privaciones de los suyos [...]. Porque era necesaria esta vida de ficción para que sus hijas tuviesen oportunidad de conseguir un buen marido [...]. Su padre había errado al quererlas educar como señoritas ricas, con el propósito ilusorio de que pudieran casarse bien, ser excelentes mujeres de sociedad y solventar con el dinero del marido,

7 Es importante recordar que, antes de la promulgación de la Constitución de 1886, el país había dado algunos pasos hacia la separación del Estado de la Iglesia católica gracias a las políticas liberales radicales, las cuales implicaban la secularización y, en cierta medida, la emancipación de las mujeres. Por ejemplo, en la Constitución Política de la Provincia de Vélez de 1853, a las mujeres se les otorgó el derecho al voto, aunque este fue revocado en 1855 por la Suprema Corte de Justicia debido a que los habitantes de una provincia no podían tener más derechos que el resto de neogranadinos. Seguramente, estos avances estimularon diversos productos culturales, como *Manuela* (1858) de Eugenio Díaz, la *Biblioteca de Señoritas* (1858-1859), la revista *La mujer* (1878-1881) y la copiosa producción literaria de escritoras como Silveria Espinosa de Rendón, Soledad Acosta de Samper y María Josefa Acevedo de Gómez. De esta última, vale la pena revisar *Ensayo sobre los deberes de los casados* (1845) y *Tratado de economía doméstica para uso de las madres de familia y de las amas de casa* (1848).

la senectud del empleado y de su esposa. No había otro porvenir para las mujeres, y él no podría dejarles nada cuando la muerte lo acogiese en su seno. (159-160)

Sin embargo, los esfuerzos e ilusiones de Betty y de su familia resultan vanos, ya que su vida matrimonial junto con César no le brinda las garantías socioeconómicas esperadas. Osorio Lizarazo entiende que muchas veces, al casarse, las mujeres se ven obligadas a abandonar la posibilidad de tener un trabajo remunerado y se relegan al trabajo doméstico, fenómeno que históricamente ha dividido “la familia en dos partes, una asalariada y otra no asalariada, [de forma tal que se] crea una situación donde la violencia está siempre latente” (Federici 17). Pero lo que destaca verdaderamente en la narrativa de Osorio Lizarazo es su intento de adentrarse en las repercusiones psicológicas de una existencia reducida al cumplimiento de las tareas del hogar. A través de la novela, el autor no se limita a un análisis meramente sociológico o histórico, sino que también explora las repercusiones fenoménicas de una vida dedicada al hogar, una tarea que “es extremadamente enojosa y abruma y entorpece el espíritu” (Mill 111).

En el quinto capítulo de *Hombres sin presente*, el narrador se centra en la rutina diaria de Betty, resaltando los efectos negativos de la dependencia económica y del confinamiento en el hogar. Aunque su esposo le entrega todo su salario para que ella lo administre, este resulta insuficiente para cubrir los gastos del hogar, por lo que las necesidades de Betty se relegan a un segundo plano: “Llevo dos semanas esperando unas medias, unas miserables medias de hilo, de cincuenta centavos, y nunca llegan” (155). Además, el narrador presenta el agobiante panorama psicológico resultado de una rutina basada exclusivamente en el cuidado y la administración del hogar, lo que le impide participar en la vida social y desarrollarse como individuo. Su día a día se reduce a “llenar sus deberes de madre, preparar la comida [...], entregarse, en fin, a todos los menesteres insignificantes de la vida cotidiana y casera, que constituían la razón de ser de su permanencia en el mundo” (157).

En sus novelas, Osorio Lizarazo también critica que el matrimonio muchas veces solo cobre importancia por su valor contractual y que las mujeres no puedan escoger a las personas con las cuales pasarían el resto de sus vidas. En *La cosecha*, el narrador presenta un ejemplo concreto de esta

dinámica al explicar que la relación entre Carmen y Mitrídates se establece con motivaciones puramente económicas tomadas por su padre y su futuro esposo: “Para apoderarse de la parte [de un terreno] que pertenecía a Agustín Pérez, Mitrídates decidió casarse con su hija Carmen [...]. [Ella] tenía 18 años y Mitrídates la aventajaba en 30. Pero el negocio era conveniente para Agustín” (92). Esta situación plantea preguntas importantes sobre la autonomía de las mujeres en general y la autoestima de Carmen en específico, al tiempo que destaca las implicaciones de la mercantilización de las mujeres en la sociedad representada por Osorio Lizarazo y su crítica a la manera como eran educadas.

En esta novela, el escritor bogotano dota a su narrador con un tono irónico que le permite evaluar críticamente la educación que había recibido Carmen. Según el narrador, ella “había sido enviada durante tres años a un colegio de El Cedral, donde había aprendido buenos modales” y “ahora leía novelas” (92). Esta educación la había condicionado: le impedía comprender las implicaciones que tenía su matrimonio y la hacía creer que la vida era como en las novelas “donde condes y marquesas se paseaban a caballo por el bosque de Bolonia, cruzando junto a gentiles carretelas con las más hermosas mujeres” (93). Incluso, irónicamente, el narrador presenta el pensamiento soñador de Carmen e indica que “había novela hasta en su matrimonio, realizado con un noble señor de la montaña, rico y generoso, que pondría toda su opulencia al servicio de sus caprichos. Quizás un joven hermoso y seductor, algún día, matase en duelo al celoso señor y adquiriese el derecho perfecto de que ella lo amase para siempre” (93). Al incluir estas reflexiones, Osorio Lizarazo se inscribe en una tradición crítica de la novela moderna que cuestiona el valor del discurso literario cuando este se limita al entretenimiento superficial y no fomenta una reflexión crítica sobre la realidad. Para él, las novelas que evitan abordar las complejidades de la vida real y se conforman con una representación idealizada y poco profunda no solo perpetúan visiones simplistas del mundo, sino que también desincentivan a los lectores a cuestionar y analizar las realidades sociales y personales. Como resultado, estas obras contribuyen a una falta de conciencia crítica y a una visión de la vida que ignora las luchas y desafíos reales que enfrentan las personas. Como afirma en “Divagación sobre la novela”, “antes que tema exclusivo de recreación y entretenimiento, la novela, para merecer su nombre, ha de ser interpretación” (411).

El matrimonio como institución violenta contra las mujeres pobres de la época también aparece en *El camino en la sombra*. Aquí, la señora Rosario asume que, luego de la muerte de su esposo, es ella quien debía decidir con quién se casarían sus hijas: “Ya sabría ella, cuando llegara la hora, encontrarles a sus hijas los maridos adecuados, personas responsables y respetables y no petimetres insulsos de los que veían en toda mujer una mercancía expuesta a la pública subasta” (51). La señora Rosario aparece como representante de las mujeres de su época que pretenden aferrarse a sus tradiciones y valores morales y familiares, según los cuales “—Las cosas se hacen de otra manera cuando la mujer es digna. Yo no conocí a Antonio sino la víspera de casarme con él. Mi papá y mi mamá lo arreglaron todo” (52). Esta visión tradicionalista contrasta con la actitud más progresista de su hija Raquel, quien se opone al condicionamiento sociocultural que le impide enfrentar sus propios desafíos en su búsqueda de autonomía y realización personal, expresando: “Ojalá yo fuera hombre para irme a aventurar como él [su hermano], sin saber por dónde...” (94).

Osorio Lizarazo también señala críticamente el hecho de que en la sociedad colombiana de su época se asumiera que las mujeres debían someterse y relegarse a las labores de cuidado y del hogar. Desde su perspectiva, esto se manifestaba en la manera como se juzgaba el comportamiento de las mujeres. En *Garabato*, una tía del protagonista elogia a otra mujer por encargarse de todas las responsabilidades domésticas, insinuando que esta es la verdadera esencia de la feminidad: “—Vea a Carlos, el zapatero. ¿No vive ahí en una piecita con su mujer y sus hijos? ¿Y son cuatro muchachos! Pero ella ve por todo, ella los cuida a todos, ella les cocina. ¡Esa sí es mujer!” (222). Además, el novelista ilustra cómo esta sumisión pone a las mujeres en una posición de vulnerabilidad, haciéndolas más susceptibles a la violencia física. En *Fuera de la ley*, el narrador expone el maltrato físico ocasionado por un personaje masculino a su esposa, demostrando cómo la idea de dominio masculino se traduce en abuso y opresión para las mujeres: “Maltrataba a su esposa cuando llegaba borracho, para manifestar su poderío y su capacidad de mando” (32). En “La miseria humana”, Osorio Lizarazo identifica la violencia doméstica como un patrón cultural normalizado y denuncia la tendencia a culpar a las mujeres por los abusos físicos y emocionales que sufren. En *La casa de vecindad*, el narrador-protagonista presenta una conversación reveladora entre dos mujeres: “—Ella tiene la culpa. ¿Quién la manda meterse con ese

hombre, que es un cualquiera? —Hubiera podido buscarse otro mejor. Yo se lo aconsejé. No todos les pegan a sus mujeres” (64).

En *El criminal*, el novelista configura un escenario en el que la violencia doméstica física va más allá de las golpizas, llegando al asesinato. Esta novela de corte psicológico narra el proceso mental que lleva a Higinio González a cometer un feminicidio. Aunque el asesinato se muestra como una consecuencia de la degradación psicológica del protagonista, las situaciones narradas revelan a Higinio como un personaje violento y machista. Los celos del protagonista lo llevan a sospechar que su pareja le está siendo infiel y dar rienda suelta a pensamientos homicidas. Ante esta situación, se pregunta de manera inquietante: “¿Cómo la mataría a ella? ¿Cómo lo mataría a él?” (157). Luego, en un estado de locura, se convence de la necesidad de cometer un crimen que le permita obtener reconocimiento social. Considera que un supuesto crimen pasional, en realidad un ataque motivado por el género de la víctima, “llena cumplidamente mis intenciones, satisface mis ansiedades: asesinar a Berta. Todos creerán que he matado lo que más amo” (233).

En “La miseria humana”, sin justificar el actuar violento de los hombres, a quienes no resta responsabilidad alguna de las violencias que ejercen sobre las mujeres, Osorio Lizarazo también aborda el consumo de alcohol como factor desencadenante que atenta contra la seguridad y el bienestar de las mujeres. Al explorar cómo el alcohol es utilizado para evadir las dificultades de la vida cotidiana, pero a la vez exacerba las tensiones y los conflictos en el ámbito doméstico, se revela otra capa de la compleja relación entre clase social y violencia contra las mujeres en la sociedad representada por el autor. Esto se observa en varias de sus obras, como *La casa de vecindad*, *El criminal*, *Fuera de la ley*, *El pantano* y *El día del odio*, donde se narran situaciones en las que algunas mujeres son víctimas de violencia física por parte de sus parejas, hombres que generalmente gastan sus pocos ingresos y tiempos libres tomando alcohol.

En *El día del odio* se observa cómo las mujeres y hombres se emborranchan para escapar temporalmente de su propia miseria. Sin embargo, esta intoxicación alcohólica a menudo desemboca en episodios de violencia física, como lo ilustra el narrador al describir cómo las mujeres, luego de la borrachera, “se someten humildemente a que sus maridos las castiguen para desahogar la excitación artificial” (136). Esta dinámica revela la profundidad de la intersección entre el alcoholismo y las estructuras patriarcales arraigadas en

las clases populares representadas por el autor, donde el consumo de alcohol se convierte en una herramienta de “dominación masculina” (Bourdieu, *La dominación masculina*) sobre las mujeres en el ámbito doméstico. Esta situación también aparece en *El pantano*, donde el narrador explica que Sara

[...] tenía que cooperar, sin saber cómo, a los gastos domésticos, porque también su marido dejaba [el] jornal en Tomo y Obligo. Pero Luis no experimentaba nunca los accesos de ternura que conmovían a Alejandro, sino que se limitaba a apalearla cuando la chicha le permitía llegar hasta el rancho. Y la paliza era el remate de sus expansiones. (95)

La violencia doméstica y la opresión económica representadas en las novelas de Osorio Lizarazo delinean un panorama desolador en el que las mujeres pobres se ven atrapadas en un ciclo destructivo de abuso y marginación. La incapacidad para garantizar sus necesidades básicas, combinada con el machismo arraigado en la sociedad, deja a estas mujeres en una posición de extrema vulnerabilidad. Como ilustra el ejemplo de Sara en *El pantano*, la violencia física sufrida por estas mujeres pobres se suma a la desesperación por encontrar recursos económicos para asegurar la subsistencia, situación que las expone a nuevos tipos de violencia, como la violencia sexual.

La prostitución y la violencia sexual

Aunque su principal foco de denuncia sean las oligarquías nacionales, a quienes señala como responsables de las precarias condiciones de vida de los pobres en Colombia (Moreno 150-180), Osorio Lizarazo no omite la responsabilidad de los hombres en las violencias contra las mujeres pobres. El autor denuncia el comportamiento de los hombres de las clases baja y media para exponer que las mujeres, además de sufrir por la desigualdad social perenne en Colombia, también eran víctimas por el simple hecho de ser mujeres. En *El criminal*, pone en voz del protagonista un comentario crítico a través del cual denuncia que las injusticias sociales y el machismo imperantes en la época, representados en los acosos y abusos sexuales que sufrían las mujeres pobres, incidían negativamente en sus posibilidades de obtener los recursos económicos necesarios para sobrevivir:

El criterio hipócrita de moral le autoriza [al Gobierno] para oprimir a las desventuradas mujeres, para considerarlas a un nivel un poco inferior al de los perros callejeros, cuando la miseria, la injusta organización social es lo que las ha llevado a intentar la conquista del mendrugo por medio del innoble comercio. Adjetivos infamantes se han aplicado para ellas como único medio de corregir sus vidas orientadas al vicio por la falta de protección legal y por la dura necesidad de comer. ¿En qué podrían ganarse el pan? Si entran al servicio doméstico, han de sujetarse a las exigencias de los amos, viejos caducos y alcohólicos o gomosos insípidos y petulantes. Y estas entregas son los pasos iniciales en el camino fatal que las llevará al burdel. Si obreras, el patrón las poseerá y luego las lanzará a la calle. ¿Cuál es la perspectiva, cuál el porvenir que la sociedad ofrece a la mujer de clase humilde? Una vía bifurcada se abre ante ellas: hambre o prostitución. (97-98)

Es interesante notar que el protagonista, quien es periodista como lo era Osorio Lizarazo, se enfrenta a la censura de su jefe cuando intenta publicar sus hallazgos sobre la prostitución, siendo rechazados bajo el argumento de que afectarían la suscripción del periódico. “—De esas cosas no se puede hablar —respondió—. Se retirarían todos los suscriptores” (99). Esta respuesta representa la manera como la sociedad colombiana prefería ignorar estos problemas, permitiendo que la moral actuara como una forma de censura. Osorio Lizarazo expone que en el género novela los intelectuales colombianos encontraban un espacio para abordar temas que no se podían tratar abiertamente en otros espacios de discusión.

Tal vez por lo anterior decide abordar la problemática de la violencia sexual y la prostitución de manera variada en sus obras. Mientras que en *El criminal* únicamente incluye comentarios generales, en novelas como *La casa de vecindad* y *El día del odio* este aspecto adquiere mayor relevancia y es tratado estéticamente en el trasegar de los personajes. En dichas obras, Osorio Lizarazo presenta a mujeres que han sido privadas del derecho a trabajar en empleos que ellas consideran dignos debido a las normas sociales restrictivas y al machismo arraigado en la sociedad colombiana de la época. Al carecer de opciones viables para mantenerse económicamente, encuentran una salida en la prostitución, enfrentándose así a un ciclo de explotación y violencia que le sirven al escritor para problematizar las profundas injusticias sociales y de género de la época. En 1963, Ofelia Uribe

de Acosta (1900-1988), una de las feministas más reconocidas de la época, también abordaba esta situación al expresar que:

La mujer trabajadora en Colombia está sometida a la más dura condena: generalmente abandonada por el marido y con numerosos hijos a su cuidado, sin guarderías, ni salas-cunas suficientes para sus hijos, ni restaurantes públicos baratos, ha de trabajar por la mitad o la tercera parte del salario de un hombre, cuidar sus hijos y realizar al propio tiempo todas las labores del hogar. ¿Cómo extrañar, entonces, que se lance a la prostitución como única salida de la asfixiante condición económica en que vive? (278-279)

Aunque en la actualidad se ha establecido un fuerte debate sobre la reglamentación, prohibición o abolición del comercio sexual,⁸ para la época en la que Osorio Lizarazo publicó sus novelas era común el tipo de toma de posición expuesto por Uribe de Acosta en la cita anterior. Por ejemplo, en *La casa de vecindad*, el narrador-protagonista presenta a Juana como un personaje cuyos valores cristianos chocan con la sociedad en la que debe desenvolverse. Así, las conversaciones entre Juana y el narrador-protagonista son el “testimonio de la actitud del autor hacia la realidad” que invita “al receptor para que adopte su propia actitud cognitiva, emocional y volitiva hacia la realidad como un todo” (Mukařovský 308). De acuerdo con el carácter utilitario que le da a la novela, Osorio Lizarazo busca destacar las repercusiones económicas y psicológicas que experimentan las mujeres en entornos donde los hombres ejercen un poder dominante sobre sus cuerpos y vidas. Con este fin, pone en voz de Juana una clara denuncia a la discriminación de género en el ámbito laboral, señalando que, además, ha sufrido despidos injustos por parte de los empleadores debido a su rechazo a las propuestas sexuales:

—Mire usted. Yo soy muy desgraciada. Sufro mucho. No puedo ni siquiera trabajar. Los hombres me persiguen por todas partes. Cuando voy a buscar trabajo me hacen propuestas infames: “Usted tan bonita, ¿buscando trabajo?”, “Si usted quisiera...” Yo, claro, he procurado ser siempre honrada [...].

8 Sugiero revisar el capítulo “El ¿trabajo? sexual” de Paloma Lugo Saucedo en el libro *Trabajo y derechos humanos: algunos retos contemporáneos*, coordinado por Edgar Alán Arroyo Cisneros y Raúl Montoya Zamora.

Pues bueno: uno de los obreros, un pobre diablo que es el encargado de la sección, se atrevió a cogerme por la cintura. Tuve que huir del contacto de sus manos. Naturalmente, por la tarde me despidió. Y así de todas partes. Es que una pobre mujer, sola y desamparada como yo, no puede conservarse virtuosa. La mujer que pretenda vivir de su trabajo, solo de su trabajo, tiene que luchar mucho. Mucho más que un hombre. ¡La cantidad de propuestas canallas que he recibido!... Pero yo prefiero el hambre, a la cual, por otra parte, ya estoy acostumbrada. Prefiero el hambre a cambio de mantenerme en paz con mi conciencia. (54)

Esta cita revela las múltiples formas en que las mujeres enfrentan la discriminación por razón de género y las dificultades económicas en la sociedad representada por Osorio Lizarazo. La protagonista describe cómo es objeto de acoso sexual y propuestas indecentes por parte de los hombres en diferentes contextos, desde el lugar de trabajo hasta la calle. Se siente acosada y desamparada, enfrentando gestos inapropiados que invaden su espacio personal y la hacen sentir vulnerable. Como indica María Echeverri,

[...] desde el momento en que se vio desamparada y huérfana, la belleza de Juana, su condición de mujer y su juventud, le negaron toda oportunidad, se transmutaron en su principal carga para sobrevivir en la ciudad y en la infernal vecindad. (210)

Juana es un personaje configurado por Osorio Lizarazo para hacer énfasis en la resistencia y determinación de las mujeres para defender su dignidad y autonomía en un entorno hostil y discriminatorio. Además, le permite representar cómo los problemas que enfrentan los personajes afectan su interioridad, su bienestar emocional y su capacidad para mantener su integridad personal.

A medida que el autor profundiza en las condiciones de vida de estos personajes marginados como Juana, la prostitución aparece reiteradamente como una salida trágica. Por ejemplo, Juana insiste que en todos los contextos recibe el trato denigrante que la sociedad reserva a las prostitutas, lo que da cuenta de la presión y la estigmatización que enfrentan las mujeres pobres:

—Como la ven a una pobre, todo el mundo se imagina que el cuerpo es de cualquiera. ¡El cuerpo de una miserable! Hay muchos viejos que me han aconsejado. Viejos que trabajan en las mismas imprentas y que tienen un corazón más malo que los demás. Me dicen: “¡Tan boba! Sufriendo necesidades ¡y con tanto medio de hacer dinero!”. ¿Habrá visto usted cosa más infame? Al hablarme, esas gentes, me miran de una manera tan procaz que... y luego, aquí en la casa [de vecindad], todos los hombres que conocen mis circunstancias me miran, me molestan, me ultrajan con sus inmundas propuestas. Por la calle, como me ven mal vestida, se imaginan que ando en busca de dinero. Y todos se creen con derecho de tocarme, de hablarme o de invitarme [...] pero yo, a pesar de todo, me he de sostener contra el mundo y contra el vicio. (56)

Aunque Osorio Lizarazo fuera consciente de que algunos tipos de violencia estaban determinados por el género y afectaban principalmente a las mujeres, de la lectura de *La casa de vecindad* se desprende que estaba convencido de que el problema era principalmente de clase. Por esto, pone en voz de Juana la siguiente pregunta: “¿No sabe usted que si yo tuviera unos cuantos vestidos, un padre, un hermano, algo de eso que es privilegio de los ricos, este hombre me hubiera hablado con circunspección, me hubiera pedido en matrimonio, en fin?” (107). Con su enfoque realista-naturalista, el autor busca revisar críticamente el problema en estrecha relación con el patrón cultural, económico y político colombiano de la época.

Si bien en el desarrollo de las novelas es evidente que el autor no incluye estas situaciones para juzgar a las mujeres, sino a la sociedad que las violenta, su evaluación centra las consecuencias de la prostitución en la pérdida del honor y la virtud de las mujeres. Esta toma de posición es característica en sus narradores. Por ejemplo, hacia el desenlace de *La casa de vecindad*, Juana se ve compelida a mantener relaciones sexuales con su jefe para obtener el dinero que necesitaba con urgencia para pagar un arriendo y tener dónde dormir con su hijo. Ante esta situación, indirectamente, el narrador-protagonista la denomina como no virtuosa: “Nadie sabía las circunstancias en que el delito había acontecido y sobre ella caería el desprecio de la gente y la maldición de los virtuosos, que pueden serlo porque tienen dónde dormir y qué comer” (196). En esta misma novela, se presenta a Inés, otro personaje que atraviesa una situación similar. Desde su introducción

en la trama novelesca, se explica que ella “ha buscado un trabajo honesto por todas partes sin haberlo encontrado”, por lo que, por pura necesidad recurre a la prostitución, pues “quiere ser honrada, pero su mamá le dice que ‘es preciso vivir’” (30).

En *El día del odio*, Osorio Lizarazo aborda de manera más detallada el problema de la prostitución. A lo largo del desarrollo de la fábula, Tránsito conoce a varias prostitutas, a quienes el narrador da voz para denunciar las condiciones sociales, económicas y culturales que las han llevado a la prostitución y los desafíos que enfrentan en esta actividad. Es importante destacar que, en esta novela, Osorio Lizarazo reconstruye el sociolecto de varios de sus personajes y diferencia el lenguaje utilizado según la clase social. Este hecho resulta problemático porque implícitamente da a entender que hay un español estándar, *correcto*, aquel utilizado por el narrador y por los personajes que no son de las clases populares. Ahora bien, más allá de este aspecto, La Cachetada, Catalina y La Vaselina le sirven al novelista para ilustrar que estas mujeres no eligen ser prostitutas, sino que se ven obligadas a ello debido a la falta de otras opciones para ganarse la vida. Como lo expresa una de ellas: “¿Vusté cree que uno nace pa pisca? ¿O que es muy lindo andar pu’ay detrás de los puercos hombres para que la enjermen a uno? No, m’ija, pero no golverá a encontrar trabajo, no podrá hacer otra cosa” (49). En esta novela, Osorio Lizarazo también retrata el sufrimiento físico y psicológico de las prostitutas a causa de su trabajo: “lo qu’ès salir uno a buscar hombres con las tripas pegadas al espinazo y la agonía qui’uno siente cuando se le echan encima. ¡Y hay que tar contenta y si no no les gusta, ay sos su conejo!”⁹ (66).

La manera como Osorio Lizarazo integra el problema de la prostitución en sus fábulas novelescas denota una clara toma de posición crítica ante el sistema socioeconómico y político que perpetúa la marginalización y explotación de las mujeres pobres. El novelista identificó una clara relación entre la pobreza, el trabajo como empleada doméstica y la prostitución, representando esta conexión a través del comentario social expresado por el narrador de *El día del odio*: “La mayor parte [de las prostitutas] habían sido sirvientas engañadas por los señores donde servían, reprendidas brutalmente por las señoras a causa de su complacencia con los patrones y lanzadas a

9 En este caso, la expresión “ay sos su conejo” indica que los hombres se iban sin pagar cuando no les gustaba el encuentro sexual.

la calle, de donde no habían podido liberarse jamás” (123). Esta situación también es expresada en voz de las prostitutas en la novela:

—Así empezamos todas —dijo otra de las mujeres—. La misma me pasó a yo. Yo taba sirviendo en una casa y antós una noche jue y se li’antó al señor metérseme a la cama y la señora se dio cuenta, porque eso sí, pa eso sístán listas las gran puercas. Y antós me sacó ò la casa a la mesma medianoche. El jijuna había llegao borracho y ay ta. ¿Y yo qué culpa? (48)

Este enfoque también recuerda las reflexiones de Ofelia Uribe de Acosta en *Una voz insurgente*, en el que la política feminista colombiana afirma que

Nuestras campesinas, que ni siquiera saben leer, se ven forzadas a lanzar a sus hijas a las ciudades en busca de trabajo como empleadas del servicio doméstico o como meseras en los bares y cafés, desde donde se inician en la “profesión” de prostitutas. (279)

Este contexto económico y social desfavorable lleva a Osorio Lizarazo a pintar un panorama desolador de la prostitución, la violencia física y psicológica que acompaña esta actividad y el grave peligro al que se enfrentan las mujeres que se ven forzadas a ejercerla. Además, el autor también arroja luz sobre el papel de las autoridades estatales como perpetradores de abuso. En *El día del odio*, se señala a los agentes de policía como unos de los principales responsables de las dificultades que enfrentan estas mujeres. El narrador presenta un diálogo entre las prostitutas en el que se revela cómo los agentes, bajo la apariencia de mantener el orden público, persiguen a las mujeres y las someten a la prostitución forzada:

Me puse a andar y suaz, llegó un policía y me agarró y ya n’ubo salvación. ¡Ni llantos, ni súplicas ni nada! ¡Pa’l dispensario, porque a un ladrón chapol se li’antó joderlo a uno!

[...]

Decíme, Catalina: ¿a vos no te pasó lo mismo? ¿Nu’ibas una tarde por la calle y de pronto se acercó un chapol y pa la cárcel? ¿Y pudiste librarte? Ay tas en la vida. Y vos, Vaselina, ¿no te viniste del pueblo con un chofer que

te ojreció casarse y endespues te dejó tirada? ¿Y endespues no te agarró la Policía y te registraron porque no pagaste el hotel? (48-50)

Osorio Lizarazo denuncia la hipocresía arraigada en la sociedad de su época, evidenciada en las acciones de los policías que priorizaban la persecución de mujeres sobre la de los verdaderos criminales. En *El hombre bajo la tierra* (1944), el narrador indica que “En Toriles vivían, recludas como en una prisión, las llamadas mujeres alegres, perpetuamente perseguidas y acosadas por una ley inexorable que cumplían agentes arbitrarios y celosos” (159). En *El día del odio*, en otro pasaje, el narrador le cede la palabra a La Cachetada, quien expone la brutal persecución que enfrentaban las prostitutas:

—¿No te dije? ¿Te registraron? ¿Te tomaron los datos? ¡Güeno, estás lista! ¡Se acabó tu vida! Ora tendrás encima a la Policía, ora no sos sin una nochera y una ratera. Cuando tengás un chirito nuevo, te lo quitan, porque dicen que es robao. Cuando pasés por una calle, cualquier chapa te lleva a la cana, porque creen que andás buscando hombres, aunque te den asco. Cuando tengás hambre, se reirán de vos. Cuando tes enjerma, no te recibirán ni en el hospital. ¡No sos sin una nochera! (55)

En “La miseria humana” se retrata a los agentes de policía y militares como individuos que atentan contra el bienestar de los pobres, especialmente de las mujeres. Además, se los muestra como abusadores sexuales con una visión de mundo machista que se evidencia en sus comportamientos violentos. Por ejemplo, en *El camino en la sombra* se narran tres momentos en los que Matilde es ultrajada por militares y guerrilleros, destacando la crudeza de la situación: “Manos sucias, masculinas, ásperas, recorrieron otra vez, como en el páramo, las líneas angulosas de su cuerpecillo miserable. Se expresaron algunas bromas” (172). Con estas escenas, el novelista pone en tela de juicio el actuar de aquellos encargados de garantizar la seguridad en el país, ya que terminan siendo algunos de los responsables de la violencia que sufren los ciudadanos, perpetuando así un ciclo de opresión y sufrimiento para las mujeres pobres.

Al integrar esta característica en el comportamiento de los agentes de policía y militares en varias novelas, es posible interpretar que el autor veía en estos sujetos unos representantes de instituciones violentas, elitistas y perpetuadoras del *statu quo*. Su comportamiento abusivo no solo representa

una actitud individual, sino que también simboliza la opresión sistemática y la desigualdad social presente en la sociedad colombiana de la época. De esta manera, Osorio Lizarazo denuncia la violencia física y sexual perpetrada por estos individuos, pero también la violencia estructural y la falta de justicia que históricamente han caracterizado a las instituciones encargadas de mantener el orden y la seguridad en el país.

Este aspecto se hace aún más evidente en sus últimas novelas, donde Osorio Lizarazo configura a personajes agentes de policía y militares como violadores. Por ejemplo, en *El día del odio* Tránsito es violada por un policía: “La lucha fue intensa, pero al fin Tránsito quedó vencida y sintió sobre sí la más horrenda de las humillaciones [...]. Todo el dolor del mundo se había acumulado sobre su mísera existencia” (36). El escritor bogotano no cae en el morbo al relatar estos abusos sexuales, sino que los presenta a través de una visión crítica que enfatiza las repercusiones psicológicas en las víctimas. Además, en obras como *El camino en la sombra*, examina críticamente la figura del militar violador y su papel en la perpetuación de la violencia contra las mujeres.

Los quince años de Matilde se sobresaltaron. Trató de escapar. Pero el soldado la agarró por la frágil cintura y la derribó al suelo. Luego se le echó encima y en una lucha desigual y silenciosa, poseyó al pequeño cuerpecillo intacto [...]. Matilde se puso a llorar, reclinada contra el talud del camino, mientras la bestia satisfecha se marchaba riéndose y deteniéndose de vez en cuando para mirarla.

—Eso es para que aprenda que no debe andar sola por los caminos— le gritó antes de desaparecer en el recodo. (164)

La representación de la prostitución y la violencia sexual como consecuencia de la pobreza extrema revela la toma de posición de Osorio Lizarazo frente a un sistema injusto en el que las mujeres no tienen apoyo por parte de las instituciones encargadas de salvaguardar sus derechos y su dignidad. Las figuras del agente de policía y del militar como perpetuadores de esta violencia revelan una profunda desconfianza en las estructuras de poder y una denuncia contundente de la opresión sistémica que enfrentan las mujeres en la sociedad colombiana. En este sentido, “La miseria humana” de Osorio Lizarazo sigue siendo relevante y actual, ya que nos invita a reflexionar sobre

las persistentes desigualdades de género y la urgencia de tomar medidas para garantizar la seguridad y dignidad de todas las personas, especialmente de aquellas más vulnerables.

Conclusiones

La toma de posición crítica de Osorio Lizarazo hacia la subordinación de las mujeres en la sociedad de su época se manifiesta como un problema recurrente y fundamental en “La miseria humana”. A lo largo de sus novelas, evalúa de manera contundente las injusticias y desigualdades de género presentes en la sociedad colombiana de su época, oponiéndose activamente a las normas y expectativas patriarcales que limitaban el papel de las mujeres en la vida pública y privada. Esta actitud crítica se observa en la manera en que Osorio Lizarazo aborda y denuncia las diversas formas de violencia contra las mujeres, desde la explotación laboral y la violencia doméstica hasta la violencia y abuso sexual.

El autor no solo revela las injusticias que enfrentan las mujeres pobres en la sociedad colombiana de su época, sino que también critica abiertamente las estructuras de poder que eternizan dichas injusticias. La denuncia de estas violencias no se limita a la esfera de lo individual, sino que también aborda las dimensiones estructurales y sistémicas de la opresión de género. El novelista señala que el actuar de los integrantes de las instituciones estatales, como la Policía y el Ejército, contribuye a la perpetuación de la violencia contra las mujeres, ya sea a través de la negligencia y la indiferencia o de la participación activa en actos de abuso y explotación. En este sentido, se entiende que la preocupación de Osorio Lizarazo se daba tras considerar que esta violencia contra las mujeres pobres era consecuencia de un Estado ineficaz y corrupto.

Finalmente, es relevante destacar que Osorio Lizarazo suele configurar a sus personajes mujeres con una marcada ingenuidad que les impide ver la realidad de manera crítica porque esto le permite evaluar la subordinación de la mujer en su época. Su visión de mundo desafiante y comprometida con la justicia y la igualdad sociales, entre las que se incluye la igualdad de género, sigue siendo relevante en el contexto actual, ofreciendo una perspectiva valiosa sobre las luchas y desafíos que enfrentan las mujeres, principalmente las pobres, de su época. Con esto, pareciera recordarnos la máxima planteada por Pereira Gamba en 1850: “*Emancípese la mujer* i todo

será diverso. Veremos entonces a la sierva convertida en criatura digna del mundo” (51).

Obras citadas

- Bajtín, Mijaíl. “La novela de educación y su importancia en la historia del realismo”. *Estética de la creación verbal*. México, D. F., Siglo Veintiuno Editores, 1999, págs. 200–247.
- . *Teoría y estética de la novela: trabajos de investigación*. Madrid, Taurus, 1989.
- Balzac, Honoré de. “Avant-propos”. *La comédie humaine*, vol. I. París, Éditions du Seuil, 1965.
- Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama, 2000.
- . *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama, 1995.
- Calvo Isaza, Oscar. Biografía de nadie. José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964). Tesis de maestría, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México, 2005. Web.
- Cobo, Juan. “J. A. Osorio Lizarazo: inmerso dentro de una clandestinidad inmerecida”. *Contrastes: Revista del Pueblo*, núm. 63, 1977, págs. 6-7.
- Concordato celebrado entre la Santa Sede y la República de Colombia 1887*. Web.
- Davies, Margery. “El lugar de la mujer está frente a la máquina de escribir: la feminización de la fuerza de trabajo oficinesca”. *Patriarcado, capitalismo y feminismo socialista*. Editado por Zillah Eisenstein. México, D. F., Siglo Veintiuno Editores, 1980, págs. 222–238.
- Echeverri García, María Victoria. “La casa de vecindad de José Antonio Osorio Lizarazo y La busca de Pío Baroja, el habitar del individuo entre la anomia y el anonimato”. *República, violencia y género en la novela de crímenes*. Editado por Gustavo Forero Quintero. Bogotá, Siglo del Hombre Editores; Universidad de Antioquia; Medellín Negro, 2019, págs. 195–228.
- Federici, Silvia. *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. España, Traficantes de Sueños, 2018.
- Fourier, Charles. *Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales*. Barcelona, Barral Editores, 1974.
- Goldmann, Lucien. *El hombre y lo absoluto: el dios oculto*. Barcelona, Península, 1968.
- Kundera, Milan. *El arte de la novela*. Barcelona, Tusquets Editores, 2004.

- Lugo Saucedo, Paloma. “El ¿trabajo? Sexual”. *Trabajo y derechos humanos: algunos retos contemporáneos*. Coordinado por Edgar Alán Arroyo Cisneros y Raúl Montoya Zamora. Durango, México. Universidad Juárez del Estado de Durango, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2024, págs. 35-55.
- Lukács, Georg. *Teoría de la novela*. Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1974.
- Luna, Lola, y Norma Villarreal. *Historia, género y política. Movimiento de mujeres y participación política en Colombia, 1930-1991*. Barcelona, Universidad de Barcelona, 1994.
- Manieri, Maria Rosaria. *Mujer y capital*. Madrid, Editorial Debate, 1978.
- Mill, John. “La esclavitud femenina”. *La esclavitud femenina - Sobre la libertad*. Ciudad de México, Partido de la Revolución Democrática, 2018, págs. 1-148.
- Moreno Gómez, Sebastián Camilo. *La novelística de José Antonio Osorio Lizarazo: la modernización sin modernidad en Colombia*. Bogotá, Filomena Edita, 2021.
- Mukařovský, Jan. “Sobre el estructuralismo”. *Signo, función y valor. Estética y semiótica del arte de Jan Mukařovský*. Editado por Jarmila Jandová y Emil Volek. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia; Universidad de los Andes; Plaza & Janes, 2000, págs. 303-316.
- Neira Palacios, Edison. *La gran ciudad latinoamericana. Bogotá en la obra de José Antonio Osorio Lizarazo*. Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2004.
- Osorio Lizarazo, José. *Barranquilla 2132*. Bogotá, Laguna Libros, 2014.
- . “Del nacionalismo en la literatura”. *Novelas y crónicas*. Editado por Santiago Mutis. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, págs. 495-500.
- . “Divagación sobre la novela”. *Novelas y crónicas*. Editado por Santiago Mutis. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, págs. 411-414.
- . *El camino en la sombra*. Bogotá, Laguna Libros, 2013.
- . *El criminal*. Bogotá, Editorial Renacimiento, 1935.
- . *El día del odio*. Bogotá, Ministerio de Cultura - Biblioteca Nacional de Colombia, 2016.
- . *El pantano*. Bogotá, Ediciones Espiral Colombia, 1952.
- . *Fuera de la ley (Historias de bandidos)*. Bogotá, Talleres Gráficos Mundo al Día, 1945.
- . *Garabato*. Bogotá, Laguna Libros, 2013.
- . “Hombres sin presente (Novela de empleados públicos)”. *Novelas y crónicas*. Editado por Santiago Mutis. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, págs. 133-292.

- . *La casa de vecindad*. Bogotá, Laguna Libros, 2013.
- . *La cosecha*. Manizales, Casa Editorial y Talleres Gráficos Arturo Zapata, 1935.
- . “La esencia social de la novela”. *Novelas y crónicas*. Editado por Santiago Mutis. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, págs. 422–425.
- . “Liberalismo y tradición”. *Ideas de izquierda. Liberalismo partido revolucionario*. Bogotá, Editorial ABC, 1936, págs. 7–9.
- . “Una clasificación arbitraria”. *Ideas de izquierda. Liberalismo partido revolucionario*. Bogotá, Editorial ABC, 1936, págs. 36–39.
- Padilla, Iván. *Manuela y el socialismo utópico: Eugenio Díaz ante la reforma liberal en la República de la Nueva Granada*. Bogotá, Filomena Edita, 2021.
- Pereira Gamba, Próspero. *Tratado sobre el principio de la igualdad*. Bogotá, Imprenta de Nicolás Gómez, 1850.
- Reyes, Catalina, y Magdala Velásquez. “Proceso histórico y derechos de las mujeres, años 50 y 60”. *Las mujeres en la historia de Colombia. Tomo 1. Mujeres, historia y política*. Bogotá, Presidencia de la República, Consejería Presidencial para la Política Social; Grupo Editorial Norma, 1995, págs. 229–257.
- Ricœur, Paul. *Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*. México, D. F., Siglo Veintiuno Editores, 2004.
- Rincón Arévalo, Camila Andrea. *Ciudad, mujeres y literatura: vivencias femeninas en el espacio bogotano de los años 30 en las novelas de José Antonio Osorio Lizarazo*. 2021. Bogotá, Universidad del Rosario.
- Uribe de Acosta, Ofelia. *Una voz insurgente*. Bogotá, Editorial Guadalupe, 1963.
- Zetkin, Clara. “Solo con la mujer proletaria triunfará el socialismo”. *Su hogar es el mundo. Escritos y discursos de Rosa de Luxemburgo y Clara Zetkin sobre la lucha femenina y otras cuestiones sociales*. Editado por Óscar De Pablo. Ciudad de México, Para Leer en Libertad AC, 2019, págs. 101–117.
- Zima, Pierre. *Pour une sociologie du texte littéraire*. París, L’Harmattan, 2000.

Sobre el autor

Sebastián Camilo Moreno Gómez es profesional y magíster en Estudios Literarios por la Universidad Nacional de Colombia. Se desempeña como profesor ocasional de literatura colombiana del siglo xx en la misma universidad. Sus intereses investigativos se centran en la novela y el cuento colombianos y latinoamericanos del siglo xx, así como en la historia literaria. Entre sus publicaciones se destacan el libro *La novelística de José Antonio Osorio Lizarazo: la modernización sin modernidad en Colombia* (2021) y el capítulo de libro “La cuentística de Juan Villoro ante el reduccionismo de las identidades nacionales” en *Prender el fuego: nuevas poéticas del cuento latinoamericano* (2022).